



## Capítulo 533: Cuatro que se convierten en uno.

El choque de las tres fuerzas todavía resonaba cuando el rugido arrasó el claro.

No fue sólo un sonido. Fue un golpe. Un impacto tan profundo que destrozó el aire y sacudió el suelo como si un corazón monstruoso hubiera latido debajo de la tierra.

Todos lo sintieron.

Virgilio fue el primero en reaccionar, con los ojos abiertos por la incredulidad. El sonido no sólo se escuchó, sino que se sintió en sus huesos, en su sangre, en su alma. Lentamente giró la cara, reconociendo el timbre de esa fuerza.

"No..." gruñó, escupiendo en el suelo. "No puede ser esa maldita tigresa..."

Lo que encontró en sus ojos le hizo apretar más su katana.

Entre los árboles destrozados surgió una silueta colosal. Patrones blancos y dorados brillaban en medio del caos, y sus ojos felinos ardían con una furia antigua. La bestia que había jurado cazar estaba allí, mirándolo no a él, sino a las tres entidades en duelo.

El rugido volvió a resonar.

Y esta vez, incluso Naberio —que se rió ante el apocalipsis— apretó los dientes.



La ola que se extendió fue diferente. No se trataba sólo de energía bruta, como fuego o hielo. No fue sólo destrucción. Era un aura cortante, como si cada onza de aire se hubiera convertido en una cuchilla dirigida a sus gargantas.

Zafiro se tambaleó, su titán magma vaciló por un momento. Sephirothy entrecerró los ojos, manteniendo su postura, pero incluso ella tuvo que reforzar sus defensas. Naberius, todavía riendo, dio dos pasos atrás, sorprendido por la intensidad.

Virgilio alcanzó la empuñadura de su katana.

"Ese desgraciado..." murmuró, el odio lo ahogaba. "Ella huyó de mí una vez, pero no volverá a huir de mí."

Pero antes de que pudiera moverse, algo cambió.

El tigre se desplomó bajo la luz, como si su propio cuerpo hubiera sido destrozado en fragmentos de energía. La forma bestial gradualmente se transformó en algo humano, elegante y letal. Cuando el resplandor se disipó, el clero ya no vio a la bestia, sino a una mujer.

Alto.

El cabello negro caía en cascada por su rostro, contrastando con el blanco impecable del kimono que moldeaba su cuerpo. Sus pies descalzos tocaron las piedras rotas del bosque como si no pertenecieran allí.

Su mirada los rastrelló a los tres como una hoja afilada.



Un suspiro se le escapó de los labios, pesado, lleno de cansancio, como si la visión que tenía ante sí fuera una repetición agotadora de un pasado que no quería revivir.

"Me encantaría ver eso..." dijo, con la voz baja, pero tan clara que ahogó el rugido de la destrucción. "Una batalla entre tres Primordiales Demoníacos... Blanco, Naranja y Rojo."

La forma en que pronunciaba los títulos hizo temblar incluso a Roxanne y Stella. Era como escuchar una oración olvidada o una maldición que no debía repetirse.

"Pero..." la mujer continuó, mirando hacia arriba con gélida determinación.



"Evitaré que ocurra una catástrofe."

El silencio que siguió fue intenso.

Incluso el viento murió.

Zafiro entrecerró los ojos y chispas rojas escaparon de sus puños.

"¿Quién carajo eres, perra?" Ella espetó, con un tono cargado de ira y arrogancia.

Naberio inclinó la cabeza, lamiéndose los labios como si saboreara la tensión.



"Ah... ya me gusta," murmuró, riéndose suavemente. "Tan audaz... tan tranquilo frente al abismo."

Sephirothy sostuvo su mirada y lo evaluó. Su aura no vacilaba, pero había una rigidez más profunda en sus hombros. Ella reconoció algo en esa presencia. Quizás no la mujer en sí, sino la esencia que exudaba —tan antigua como la suya.

Virgilio, por su parte, no pudo contenerse.

Dio dos pasos adelante, Katana se levantó y escupió las palabras como veneno.

"Tú... maldita tigresa. Ya has huido de mí antes. ¿Juras que me enfrentarás ahora?"

La mirada de la mujer finalmente cayó sobre él.

Fue como ser atravesado por una espada invisible. Virgilio tembló, incluso sin admitirlo.

Ella no respondió de inmediato. Ella simplemente lo miró con ojos fríos, casi desinteresados. Cuando hablaba, era como si cortara cada sílaba en hojas:

"Los pequeños depredadores no tienen derecho a rugir delante de los Primordiales."

Virgilio casi se ríe.

Casi.



Pero el peso de esas palabras le cerró la garganta.

Rize, temblando, le susurró a Titania:

"Ella... ella los llamaba Primordiales... como si fuera alguien de igual rango..."

Titania, todavía de rodillas, simplemente asintió, incapaz de articular palabras.

La mujer del kimono blanco dio un paso adelante. El suelo no tembló. No había llamas ni hielo. No hubo ráfagas de viento. Pero todos sintieron el peso de su avance como si el mundo mismo se viera obligado a doblegarse.



Safira apretó los dientes y levantó los puños.

"¿Vas a interponerte en mi camino?"

Naberius se rió, encantado con la escena.

"¡Lo harás, lo harás! ¡Quiero ver arder este circo!"

Sephirothy, por otro lado, finalmente levantó la voz.

"¿Quién eres tú?"

La pregunta atravesó el aire como hielo.



Todos esperaron.

La mujer miró a Sepphirothy. Sus labios se curvaron en una sonrisa breve pero cálida.

"¿Y por qué debería hablar?" Ella cuestionó mientras su aura aumentaba y... su cabeza caía de repente.

La cabeza de la mujer giró, pero no cayó al suelo. Antes de que alguien pudiera reaccionar, su propia mano la atrapó, levantándola como si fuera un objeto trivial. El silencio que siguió fue roto por una voz burlona, fuerte y llena de triunfo:

"¡TE DIJE QUE PODÍA VENCER A ESE BASTARDO! ¡JAJAJAJA!"



Rafaeline apareció bajo la mirada, con su guadaña todavía humeando por la ejecución. A su lado apareció Ada, jadeando, con los ojos muy abiertos ante lo absurdo.

"¡M-mamá!" Ada exclamó, dándole unas palmaditas suaves en la espalda, casi desesperadamente. "¡No deberías haber hecho eso!"

Rafaelina sólo se rió y el sonido resonó entre las ruinas como un trueno burlón.

Virgilio, ya nervioso, se pasó una mano por la cara y dejó escapar un fuerte suspiro.

"Ah... joder... ahora mismo..."



Antes de que pudiera quejarse más, Rafaeline y Ada se materializaron frente a él. Ambos se arrojaron a sus brazos sin ceremonia.

"¡Marido!" exclamaron juntos, presionándose contra él.

Vergil, sin embargo, no movió un músculo para responder. Su mirada estaba fija al frente, más allá de la grotesca escena de la mujer agarrándose la cabeza. Algo andaba mal.

Tan equivocado.

El aire tembló.

Él lo sintió. Tres fuerzas se acercan y chocan directamente con el cuerpo de esa misteriosa mujer, como ríos de poder que fluyen hacia un océano sin fondo.



Primero, la presencia asfixiante de un dragón, cuyo rugido resuena invisiblemente, cargado de destrucción primordial.

Entonces, el calor abrasador y eterno de un fénix, el fuego eterno que renace infinitamente.

Finalmente, el peso implacable de una tortuga colosal, la fortaleza inquebrantable que sostenía los mundos.

Estas tres corrientes de energía chocaron con el cuerpo decapitado de la mujer.

Y luego...



La cabeza, todavía en su mano, comenzó a levantarse por sí sola. La sangre que goteaba brillaba y se convertía en llamas doradas. Huesos alineados, músculos regenerados. La piel se regeneró como si nunca hubiera sido cortada. Poco a poco, la cabeza volvió a su lugar y encajó en el cuello con un chasquido sordo.

Ella parpadeó.

Un suave suspiro escapó de sus labios como si nada hubiera pasado.

Los ojos de Virgilio se abrieron y murmuró suavemente:

"... ¿Qué carajo?"

El silencio volvió a caer, pero esta vez todos estaban tensos.



Zafiro dio medio paso atrás y sus llamas temblaron. Sephirothy entrecerró la mirada y el aire a su alrededor se congeló como un reflejo. Naberio simplemente se lamió los labios, fascinado.

Rafaelina levantó su guadaña, pero por primera vez perdió la risa. Ada le agarró la mano nerviosamente.

Y la mujer del kimono blanco simplemente levantó la cara, ahora entera de nuevo, con los ojos tan fríos que perforaban como cuchillas.

"Ah... ser la guardiana de este lugar me pone de los nervios," dijo, pasando una mano por su cabello oscuro.